

DÉCIMO MAGNO AUSONIO

OBRAS

I

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

DÉCIMO MAGNO AUSONIO

OBRAS

I

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 146

DÉCIMO MAGNO AUSONIO

O B R A S

I

TRADUCCIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE
ANTONIO ALVAR EZQUERRA



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ANTONIO FONTÁN PÉREZ.

© **EDITORIAL GREDOS, S. A.**

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1990.

www.editorialgredos.com

REF. GEBO256

ISBN 9788424931858.

Ausonius Gallus ubique argutus
et excitans, nec lectorem sinit
dormitare.

(L. VIVES, *De tradendis disciplinis* III 9).

ABREVIATURAS DE LAS OBRAS DE AUSONIO

I.	Praefationes:	<i>Praefat.</i>
II.	Ephemeris:	<i>Eph.</i>
III.	Parentalia:	<i>Parent.</i>
IV.	Commemoratio:	<i>Commem. prof.</i> <i>Burd.</i>
V.	Epitaphia:	<i>Epit.</i>
VI.	Genethliacos:	<i>Geneth.</i>
VII.	Liber protrepticus:	<i>Protrep.</i>
VIII.	Precationes:	<i>Precat.</i>
IX.	Versus Paschales:	<i>Versus Pasch.</i>
X.	Oratio consulis versibus rhopalicis:	<i>Orat. cons. vers.</i> <i>rhopal.</i>
XI.	Epicedion in patrem:	<i>Epiced.</i>
XII.	De herediolo:	<i>De hered.</i>
XIII.	Eclogarum liber:	<i>Eclog.</i>
XIV.	Cupido cruciatus:	<i>Cupid. cruciat.</i>
XV.	Bissula:	<i>Biss.</i>
XVI.	Technopaegnon:	<i>Technop.</i>
XVII.	Griphus:	<i>Griphus.</i>
XVIII.	Ludus septem sapientium:	<i>Lud. sept. sap.</i>
XIX.	Cento nuptialis:	<i>Cento nupt.</i>
XX.	Mosella:	<i>Mosel.</i>
XXI.	Ordo urbium nobilium:	<i>Ord. urb. nob.</i>
XXII.	Caesares:	<i>Caes.</i>
XXIII.	Fasti:	<i>Fasti.</i>

XXIV.	Gratiarum actio:	<i>Grat. act.</i>
XXV.	Epistulae:	<i>Epist.</i>
XXVI.	Epigrammata:	<i>Epigr.</i>
XXVII.	In notarium:	<i>In not.</i>
XXVIII.	Periochae:	<i>Perioch.</i>

Apéndices:

De rosis nascentibus:	<i>De rosis nasc.</i>
Septem sapientium sententiae:	<i>Sept. sap. sent.</i>

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. VIDA Y OBRA DE AUSONIO

Ausonio representa un ejemplo arquetípico de *homo nouus* en el Bajo Imperio, tanto más transparente por cuanto él mismo ofrece numerosos datos autobiográficos y de la sociedad que vivió; además, su condición de profesor y creador le permite enlazar el mundo cultural del pasado — la tradición literaria grecolatina— con el suyo propio —la cultura y la literatura de su época— y proyectarse hacia el futuro, gracias a un prestigio literario cuyos méritos no se pueden negar. Esa dualidad provoca que la obra de Ausonio refleje un universo de matices desde los de carácter estrictamente sociohistórico hasta los más genuinamente filológicos; si a ello se añaden las especiales condiciones de la transmisión de su obra —cuya historia aún no parece cerrada—, a nadie debería sorprender el interés que suscita la figura de Ausonio.

De ahí que hayamos creído muy necesario abordar de un modo extenso cada uno de esos aspectos, para poner al alcance del lector no especializado, pero también del estudioso del mundo antiguo, una presentación en profundidad de la figura tan compleja como variada del escritor Décimo Magno Ausonio. Tal presentación se hace tanto más necesaria por no existir ninguna similar en nuestra lengua y apenas en otras.

1. *Los retratos de Ausonio*

Cualquier biografía que se precie, ha comenzado siempre por colocar en el frontispicio de la obra el retrato del héroe; si no era auténtico, se inventaba. También nuestra historia empieza así.

Probablemente no es Ausonio el personaje retratado en una estatuilla de la Biblioteca de Auch¹. Un ilustre convecino, si eso pretenden los de Auch, un cónsul, merecería algo más; ese retrato de hombre maduro pero imberbe, de cabellos ondulados y largos, regordete y vestido con gruesa y elegante toga, bien puede ser del siglo IV, incluso de un rétor o un magistrado de la ciudad, mas en ese caso sería preferible suponer que se trate de Estafilio, nacido en la vieja Auscia (Auch), a quien Ausonio dedica un encendido elogio, pues fue su maestro en Burdeos².

Tampoco pasa de ser una sugestiva pregunta la que H. Jucker plantea a propósito del Hermes de Welschbillig³. Pero no es necesario ir tan lejos; el propio Ausonio ha hecho su autorretrato y lo ha dejado en la boca de su padre:

El mayor alcanzó la cumbre de los honores como prefecto de las Galias y de Libia y del Lacio, hombre tranquilo, clemente, sereno en su mirada, su voz, su rostro, un niño siempre para su padre, por su mente y su corazón⁴.

Los defectos del hijo eran culpa de los malos tiempos, y en ningún momento el poeta traiciona esa imagen que pretende dar de sí mismo. Ausonio habla mucho de sí y de los que le rodean, y de ese modo nos introduce como un guía en el siglo IV, en su Burdeos natal. Nada más abrir su obra podemos leer su autobiografía en 40 versos⁵: «he dejado dicho quién soy... para que tú, querido lector, quienquiera que fueres, lo sepas y, al conocerme, me respetes con tu recuerdo» (vv. 2-4). Él, que gustaba como pocos de las glorias de este mundo, ansía la inmortalidad de su obra⁶ y con ella entreteje su vida para que nunca obra y vida, vida y obra, puedan vivir la una sin la otra. Ausonio es el mejor biógrafo de Ausonio y, gracias a él, su familia, la

escuela de Burdeos, sus amigos, su tiempo, resultan cercanos. Pero también sabe, que para algo es maestro de retórica, esconder las sombras y adornar lo vulgar.

2. Las raíces y la niñez de Ausonio

Durante la anarquía militar del siglo III, cuando el poder imperial se usurpa en cada provincia de los vastos dominios romanos y los emperadores se suceden vertiginosamente, la ciudad de Autun, el centro principal de los heduos, se subleva contra Victorino, recién nombrado emperador de la Galia en Colonia, y tiende sus brazos hacia el emperador de Roma, Claudio; se interpreta este acontecimiento como la expresión del descontento de la aristocracia provincial hacia los pillajes de las tropas —fundamentalmente báltavas—, de los ejércitos romanos destacados en la frontera germánica. Los refuerzos de Claudio no llegaron a tiempo: después de siete meses de asedio, a finales del año 269, la ciudad es saqueada por los soldados de Victorino, y sus principales, muertos o exiliados⁷.

Un noble heduo, cuya familia y apellido se extendían por la provincia lugdunense y sobre todo en la ciudad de Vienne, debe huir con su hijo, que en aquel momento contaría pocos años de edad; ese joven, llamado Cecilio Argicio Arborio⁸, desposeído y alejado de su tierra, se casó en Tarbela con una mujer de origen modesto, morena de tez y llena de austeras virtudes. Con esfuerzo lograron vivir si no ricos, al menos sí con desahogo; Arborio y su esposa, Emilia Corintia⁹ «la mora», que así la llamaban sus amigas por el color de su rostro, tuvieron cuatro hijos, tres niñas y un niño. Una de ellas, Emilia Eonia¹⁰, se casó hacia el 307/8 con un médico, aún mozo, de costumbres sanas y prudentes, y poco aficionado a la palabra, aunque sabía hablar con ingenio en los momentos propicios; ese muchacho que debía rondar los veinte años, se llamaba Julio Ausonio¹¹, y procedía de Bazas, junto al Garona, en

Aquitania. El matrimonio prosperó sin llegar a la opulencia en Burdeos. Emilia Melania¹², la primera niña nacida de ambos, murió cuando aún mamaba. El más pequeño de los hermanos, Aviciano¹³, que parecía seguir los pasos del padre, también murió joven. Julia Driadia¹⁴, la tercera hija del matrimonio, enviudó pronto de Pomponio Máximo¹⁵, que le dejó, a su vez, tres hijos¹⁶; llena de virtudes y tal vez convertida al cristianismo, vivió sesenta años, cuidando a un padre longevo, pues Julio Ausonio alcanzó casi los noventa años de edad. Pero el hijo que dio nombre y gloria a la familia fue el segundo, Décimo Magno Ausonio, nacido apenas un año después de la primera, hacia 310¹⁷.

El abuelo materno, Cecilio Argicio Arborio, no pudo evitar que la madre del niño desvelase el futuro que él había adivinado leyendo los astros del recién nacido¹⁸. Pero los espléndidos augurios no parecían confirmarse cuando Ausonio había alcanzado ya la edad madura.

Durante los primeros años de su vida, fueron su madre y sus tías, Emilia Hilaria¹⁹ y Emilia Driadia²⁰, las que se ocuparon de su educación; también Julia Catafronia²¹, hermana de su padre, veló por él y, por supuesto, la exigente abuela materna. Pronto se hizo cargo del niño su tío materno Emilio Magno Arborio²², que dejó en su alma una huella imborrable, a pesar de haber vivido tan sólo treinta años. Casado con una mujer noble y rica, gozó de inmenso prestigio como rétor, primero en Burdeos, luego en Tolosa; finalmente, cumbre del honor y la gloria, fue llamado por el emperador Constantino para que educase a uno de sus hijos en Constantinopla²³. La fama de Arborio debió llegar a Oriente a través de los hermanos de Constantino — Dalmacio, Constancio y Constante—, que a la sazón, y tras la muerte de otros miembros de la familia del emperador en 324 y 325 (Licinio y Crispo), vivían en Tolosa una especie de exilio²⁴.

Puede que Ausonio siguiera a su tío a Tolosa, para continuar estudiando con él; en *Ordo urbium nobilium* 18, llama a esa ciudad *altricem nostri*, y en *Parentalia* 3, vv. 9-10 afirma que su tío lo educó hasta ser *virum*. De ahí que se sitúe la estancia de Arborio en Tolosa con Ausonio entre el 325 y el 330, y el viaje a Constantinopla hacia el 330, donde poco después moriría. Si esto es cierto, ha de suponerse que en el momento de abandonar el tío la Galia, nuestro poeta regresaría a Burdeos para acabar su formación.

3. *La formación de Ausonio y la escuela de Burdeos*

Del mismo modo que conocemos la familia de Ausonio hasta detalles insospechables²⁵, gracias al propio poeta que nos ha dejado en sus *Parentalia* (opúsculo III) una magnífica colección de retratos de ciudadanos medios de la Galia del s. IV, también podemos seguir, con igual fidelidad, el ambiente en que estudió Ausonio; su *Commemoratio Professorum Burdigalensium* (opúsculo IV) repite, esta vez con los gramáticos y los rétores de Burdeos, maestros o colegas, el mismo esquema seguido con la familia²⁶.

Gracias a esta colección de poemas, sabemos cuáles fueron los primeros maestros de Ausonio y quiénes le enseñaron el arte de la retórica. El gramático Macrino²⁷ le hizo aprender las primeras letras, si bien nuestro poeta apenas guarda de él más que el recuerdo de su nombre. También tuvo profesores de griego, Rómulo, Corintio y Menesteo²⁸, todos ellos llenos de vocación por su tarea, a pesar de sus escasos conocimientos; Ausonio confiesa no haber sido capaz de entusiasmarse con la lengua helénica cuyo estudio abandonó tan pronto como pudo. Su celo profesional le obliga a defender a sus maestros, culpando a su propia incapacidad de tal fracaso. Pero este gesto de humildad, lleno de valor en quien tan alto concepto tenía de sí mismo, no debe ser absolutamente sincero: Julio Ausonio, su padre, dominaba mejor el griego que el latín y el propio

Ausonio muestra en su obra un conocimiento suficiente de esa lengua; aceptando que haya retomado su estudio en otra época de su vida, parece más imputable el fracaso de los primeros años a la impericia de los docentes que a la ruda mente de los alumnos.

Muy pronto, como he adelantado, entraría bajo la tutela de su propio tío²⁹, tal vez primero en Burdeos y luego en Tolosa. Al regresar a su ciudad natal, continuó sus estudios con otros rétores ilustres, como Tiberio Víctor Minervio³⁰, a quien recuerda como el primero entre sus profesores y de quien hace un entrañable elogio; como Luciolo³¹, antiguo condiscípulo y futuro colega; y muy probablemente Latino Alcimo Alecio³², de quien no dice de un modo expreso que haya sido su profesor, pero se deduce a partir del lugar de excelencia que le asigna en su recuerdo. Puede haber escuchado también las lecciones de Estafilio³³, venido de Auch, y a quien ama como padre y tío.

Una vez terminados sus estudios, se inició en la carrera forense, que abandonó pronto por sentirse poco dotado para ella³⁴; así comenzó su actividad docente —primero como gramático, luego como rétor—, que duraría treinta años en su ciudad natal³⁵ y que le abriría las puertas de una gloria tardía cuando su fama como profesor le llevó al palacio imperial para educar al príncipe heredero.

No es difícil imaginarse el ambiente de la escuela en esos momentos; el propio Ausonio nos lo describe en varios lugares de su obra y muy especialmente en el encantador *Liber protrepticus ad nepotem* (opúsculo VII)³⁶, utilísimo para conocer los métodos de enseñanza usados en el siglo IV y lo que un profesor que los ha experimentado durante decenios, piensa de ellos. Un maestro serio, de áspera voz y sereno semblante, doma a fuerza de golpes y varas, cuando su palabra no resulta agradable, a un puñado de pequeñuelos que esperan aturridos la llegada del recreo. La escuela da miedo, aunque no debiera ser así; la solemnidad

del lugar, donde se cultiva a las Musas, ha cedido su puesto al desasosiego temeroso. Allí se debe leer a Homero y a Menandro, a Terencio y Salustio, marcando el ritmo, motivando los sentimientos, haciendo correctamente las pausas. Es el camino del progreso: una raíz amarga que luego hará brotar dulces frutos. Y por su parte, el maestro debe armarse de infinita paciencia para no recoger sino éxitos muy escasos y siempre demasiado tardíos.

Ausonio, con todo, ha amado esa escuela y la ha vivido intensamente; también le ha dado lo mejor de sí mismo; es su oficio y se siente satisfecho. El esfuerzo está sobradamente justificado porque él no conoce otro camino para que el niño llegue a ser un día hombre en el sentido pleno del término. Esa creencia profunda en el método y en los objetivos romperá su alma al final de su vida al comprobar que el mejor de sus discípulos no participa de esa convicción. Pero todavía no ha llegado el momento del fracaso; al contrario, Ausonio cobra cada día nueva fama como profesor y pronto deja de ser gramático para convertirse en rétor. Todos estos años de su vida, sin embargo, habrían quedado olvidados para nosotros, si ese amor intenso por el oficio y la inquietud al ver cómo tantos esfuerzos se borraban de la memoria de los hombres, no le hubieran obligado a dejar escrito, muchos años después para recuerdo de las generaciones venideras, una colección de poemitas dedicados a sus colegas. Esos dos sentimientos son, a mi entender, los que animan la *Commemoratio professorum Burdigalensium*; y más que el sistema de educación, que evidentemente surge aquí y allá, más que la escuela como institución, le interesará honrar a sus servidores, por modestos que sean.

4. *Su familia*

Ausonio debió de casarse en torno a esos años; hacia el 334, cuando contaba unos veinticuatro, se sitúa el momento

de su matrimonio con una muchacha, probablemente nueve años más joven, llamada Atusia Lucana Sabina³⁷, de origen senatorial y noble sobre todo por sus costumbres; su padre, Atusio Lucano Talisio, ofrecía la imagen de ese señor que desdeña la gloria pública y abraza voluntariamente la tranquilidad de la vida privada; él quería que el joven maestro fuera su yerno, pero murió poco antes de que se realizara su deseo³⁸.

De la unión entre Ausonio y Sabina nacieron tres hijos; el primero, que llevó el nombre del padre³⁹, murió cuando comenzaba a balbucear las primeras palabras, pero su premura por irse de este mundo, no impidió al poeta escribir una carta hermosísima, la 17, dirigida a su padre Julio; pocas veces un antiguo ha dejado testimonio tan íntimo y lleno de *pietas* filial, manifestando ese sentimiento de amor, comprensión y respeto que todo hombre bien nacido experimenta por su padre al traer un hijo a la vida. Luego vendrían Hesperio y una niña, cuyo nombre, extrañamente, no nos ha sido revelado por el poeta. Ambos vivieron la vejez del padre: Hesperio compartió muchos momentos de la vida de Ausonio; la hija, por su parte, se casó en primeras nupcias con Valerio Latino Euromio⁴⁰, escogido cuidadosamente por el poeta como yerno; su pronta muerte no le impidió ejercer el cargo de *praeses* en la prefectura de Iliria y un puesto en la hacienda imperial. De ambos nacería un hijo que colmaría el gozo del anciano Ausonio; a él, muy verosímilmente van dirigidos el *Liber Protrepticus* primero, y el *Genethliacos* (opúsculo VI) después, con motivo de su décimo sexto cumpleaños⁴¹. El segundo matrimonio fue con el vicario de Macedonia, Talasio⁴², que a la sazón tenía ya un hijo recién nacido de un matrimonio anterior; ese pequeño, nacido en Pela mientras Talasio ejercía su magistratura macedona y querido por Ausonio como un verdadero nieto, será conocido con el nombre de Paulino de Pela.

Poco duró el matrimonio de Ausonio y Sabina; una pronta muerte, como ocurrió con su hermana Namia, la arrebató de su lado cuando sólo contaba veintiocho años de edad. Ausonio la amaba y ese sentimiento se fue acrecentando después de su muerte; si no basta como prueba la fidelidad del poeta, que no se volvió a casar, ahí está el poema 9 de *Parentalia*, uno de los más intensos de la colección:

En mi vejez ya no puedo apaciguar el dolor sufrido: pues de continuo se recrudece como recién pasado. Admiten el sosiego del tiempo otros enfermos: estas heridas las hace aún más graves el paso lento del día. Rizo, sin más compañía, mis canas pacientes y cuanto más solo, más triste vivo. La herida aumenta porque calla la casa silenciosa y tiene frío nuestro lecho, porque con nadie comparto ni lo malo ni lo bueno⁴³.

Es patética la imagen de soledad de ese anciano que recuerda tan vivamente a su esposa muerta treinta y seis años antes. Sin duda, el sentimiento que destila esa composición es más profundo que los epigramas, simpáticos, formalmente correctos, incluso con cierta vena interior algunos, que le dedica en vida⁴⁴.

Porque Ausonio, como hemos dicho antes, había comenzado a escribir ya; al principio, con pocas ambiciones. Como tantos otros jóvenes, buscaba la poesía fácil, juguetona, picante, y naturalmente, la forma ideal la ofrecía el epigrama⁴⁵; seguramente no conservamos todos los que intentó en esos años, pero a los dedicados a Sabina, habría que añadir los números 38 y 65; tal vez, otros también: Peiper, en su edición ya citada, pág. XCV, sugiere la posibilidad de que pertenezcan a los años de docencia en Burdeos los epigramas referentes a gramáticos y rétores (núms. 6-13, 60 y 61) y el 34, dirigido a Gala, cuya juventud ha desaparecido; aquéllos, por tener una temática vinculada al oficio del poeta en esos momentos; éste, porque no parece probable que Ausonio haya osado escribir unos frívolos dísticos a una mujer que se llamaba igual que la

hermana de Graciano, la futura esposa de Teodosio, después del nacimiento de ésta.

De la primera época, cuando el abogado deja su lugar al gramático, podemos leer también la *Epistula* 17, a la que ya me he referido antes, dedicada a Julio Ausonio, su padre, y escrita al nacer el primogénito del poeta, que poco después moriría.

Pero también está presente entonces ese gusto por lo complicado, lo barroco, lo erudito, que tanto daña su poesía como acto de creación, por más que sirva para ilustrar con vigor la estética del siglo IV, tan vinculada a la estética de la época de los Flavios; la *Epistula* 13, enviada a Teón, un amigo que se las da de poeta y que tiene el raro privilegio de recibir cuatro cartas, en general insultantes, de nuestro Ausonio, está rehecha a partir de un escrito de juventud⁴⁶ y es todo un modelo de esa manera de concebir el «arte» tan grata a los sabios versificadores.

5. *La llamada al Palacio*

En febrero del año 364, tras la muerte del efímero emperador Joviano, el ejército aclama a Valentiniano, oficial oriundo de Panonia y cristiano de religión, como nuevo emperador, al tiempo que le obliga a designar un colega; Valentiniano asocia al poder a su hermano Valente con el título de Augusto y le encomienda el gobierno de Oriente⁴⁷. Este acontecimiento va a cambiar radicalmente la vida de Ausonio, hasta entonces modesto rétor en una ciudad modesta. Valentiniano I decide, en un momento incierto pero que debe situarse poco antes o durante el 367⁴⁸, llamarlo como preceptor de su hijo Graciano, nacido en el 359. Peiper⁴⁹ corrige justamente a Schenkl⁵⁰ que sugiere la posibilidad de que el bordelés haya sido llamado a la corte por su fama de literato; es cierto que Valentiniano, a pesar de su rudo carácter, sentía cierta inclinación hacia las letras e incluso se atrevía a componer en verso⁵¹, pero Ausonio a

la sazón había escrito muy poco y no había publicado probablemente nada⁵². Hace falta convenir, pues, con Peiper, en el hecho de que debía su fama a la docencia; tal vez, incluso, estaba todavía vivo el recuerdo de su tío Arborio, llamado a Constantinopla como educador de un hijo de Constantino.

Ausonio se traslada a Tréveris, residencia acostumbrada del Augusto de Occidente, y logra imponer su personalidad como educador, primero, como político, después, en un medio, hasta entonces ajeno a él y a su familia, tan viciado como la corte del siglo IV⁵³. Con ingenuo orgullo, con vanidad candorosa, lo repite varias veces, desde el comienzo de su obra:

y llamado al palacio áureo de Augusto fui el gramático de su hijo y luego el rétor. No se trata de presunción vana ni de orgullo basado en débiles razones. Puede que haya habido maestros de prestigio superior pero nadie tuvo mejor discípulo. El Alcida, alumno de Atlas, y el Eácida, de Quirón (éste casi pertenece a la misma cepa que Júpiter y aquél es hijo suyo) tuvieron por hogar Tesalia y Tebas: pero el mío reina sobre el orbe completo, que está bajo su poder⁵⁴.

Y la misma infatuación aflora en el *Liber protrepticus*, vv. 80-88, cuando se propone a sí mismo como modelo para su nietecillo, animándole a seguir sus estudios:

Eso aguanté yo hasta que la pena misma me resultó útil y un buen hábito ablandó con el uso el trabajo, hasta que fui llamado para cumplir el regalo sagrado de la educación imperial y fui provisto de honores diferentes, cuando los palacios de oro obedecían mis mandatos. Que Némesis se aleje y la fortuna acompañe mis bromas: yo goberné el imperio mientras que el emperador, vestido aún con la pretexta, prefería, en medio de su púrpura, su cetro y su trono, las leyes de su maestro, y pensaba que mis méritos eran mayores que los suyos⁵⁵.

Incluso, la *Gratiarum actio* (opúsculo XXIV) está empapada de esa convicción y, en definitiva, su lectura sugiere más las virtudes del poeta que las del emperador; son especialmente ilustrativos los párrafos 30-33 y 68-69.

Resulta difícil valorar si Ausonio era el preceptor más adecuado para Graciano; indudablemente no es un talento excepcional. Pero tenía virtudes dignas de aprender por un niño: su amor al estudio, su *pietas*, su bondad de corazón; también tenía virtudes dignas de aprender por un príncipe: su patriotismo, su conocimiento de la historia y la literatura de Roma, su suave dureza, su sentido pragmático. Y los defectos, esa vanidad desmedida, esa untuosidad protocolaria, esa superficialidad vital, esa sequía de ideas, ¿no son defectos demasiado generalizados en su siglo? Mas no resulta desdeñable el hecho de que Amiano Marcelino lo apreciara como maestro⁵⁶.

6. *Ausonio junto al poder*

Ausonio, en cualquier caso, vence las dificultades indudables que la vida en la corte debía suscitar y gana el cariño de Valentiniano y, sobre todo, de su discípulo Graciano. Ausonio ha sabido ser discreto durante el mandato de Valentiniano I. El emperador es cristiano y su hermano, Augusto de Oriente, también, pero su actitud con respecto a la religión dista de ser intransigente; bastaría con señalar que mientras Valentiniano sigue el credo de Nicea, Valente es más propicio al arrianismo. El emperador, al mismo tiempo, hijo de un oscuro pero valiente militar, gusta de los placeres que agradan a los soldados y puede ser chocarrero. Ausonio se deja llevar por ese doble juego y en torno a la Pascua del 368 escribe los *Versus paschales* (opúsculo IX); en ellos, después de invocar al *Magne Pater rerum* y de mencionar el pecado de Adán seducido por Eva, se leen estas palabras:

Tú, padre nutricio, regalas a las tierras tu palabra, tu hijo además de Dios, en todo similar e incluso igual a tí, verdad nacida de la verdad y vivo desde el principio de la vida. Él, conocedor de tus consejos, añadió uno tan sólo: que el espíritu que flotaba sobre las olas del mar, vivificase con un baño inmortal

nuestros miembros estériles. Fe triple en un único creador, esperanza segura en la salvación para quien abrace ese número junto con las virtudes⁵⁷.

Ausonio no tiene dificultad para presentarse como piadoso cristiano en una corte cristiana pero tal vez en esta ocasión va demasiado lejos y al final de la oración, llevado de su solicitud hacia la familia que gobierna, desliza esos chocantes versos en los que la Trinidad celeste aparece reencarnada aquí en la tierra en las figuras de los Augustos, Valentiniano, Valente y Graciano⁵⁸.

Tal vez por esas mismas fechas, compone su famoso *Cento nuptialis* (opúsculo XIX) por orden del emperador⁵⁹. Se trata de la descripción de una noche de bodas, con todo género de detalles, hecha con versos o fragmentos de versos de Virgilio. El propio Ausonio era consciente de la crudeza de determinados pasajes y se justifica ante Paulo, destinatario del centón, años después. El espíritu de Ausonio está hecho para adaptarse a las circunstancias, al tiempo que ama cada obra salida de su mano: ese poema, bandera de quienes sostienen el paganismo de su autor, ese poema que tantas excusas exige de quien lo escribió, también era amado por Ausonio, que lo salva de la destrucción definitiva y lo envía a su amigo cuando Valentiniano había muerto.

Son momentos difíciles para el imperio. Los bárbaros presionan en las fronteras: los pictos, y los escotos y los sajones penetran en la diócesis de Bretaña; los francos y los sajones también someten al pillaje las regiones del norte de la Galia. El emperador encomienda al conde Teodosio, padre del futuro emperador, la limpieza de Bretaña hasta el muro de Adriano, al tiempo que él organiza una expedición punitiva contra los alamanes que a comienzos del 368 habían saqueado Maguncia, en la orilla izquierda del Rin, y se habían llevado como prisioneros a numerosos habitantes de la ciudad. Durante el verano de ese mismo año, los alamanes sufren una dura derrota en su propio territorio del

alto Neckar, si bien las hostilidades continuaron durante años. Al parecer, Ausonio estaba presente en esa campaña, como preceptor que era de Graciano. En la carta dedicatoria del *Griphus* a Símaco le dice:

Este fue el motivo que tuve para escribir tal insignificancia: durante una campaña bélica, tiempo que, como sabes, es propicio a la licencia militar, se hizo en mi mesa una invitación...[60](#).

Las victorias, si bien no definitivas⁶¹, logradas por el emperador, le dieron pie al poeta para elogiar en diversos pasajes de su obra la gloria de Valentiniano; también le dieron una hermosa esclava.

Así, en el *Mosella* 422-424, se alude a las batallas de Nicro, Lupoduno y junto a la fuente del Histro⁶², ganadas por Valentiniano y Graciano. El poema entero, como veremos más adelante, tiene una intencionalidad propagandística bien perceptible. También algunos epigramas de ocasión celebran la fuerza recuperada de las tropas romanas; no se duda del desenlace de los combates aunque al mismo tiempo que el emperador de Occidente intenta reforzar las fronteras, el Augusto de Oriente se tiene que enfrentar a los godos. Todo el *limes* septentrional del Imperio Romano, desde el muro de Adriano hasta el mar Negro, está en peligro y se combate a la vez en todos los frentes, pero Ausonio canta victoria:

Yo, el Danubio, dueño de las aguas ilíricas, inferior sólo a ti, Nilo, saco mi alegre cabeza fuera de mi fuente. Mando saludar a los Augustos, hijo y padre, a quienes crié entre los belicosos panonios. Ahora ya quiero correr, mensajero, al Ponto Euxino, a que Valente, mi preocupación segunda, conozca las hazañas de aguas arriba: los suevos han caído, derribados por la matanza, la huida, las llamas, y el Rin no es ya la frontera de las Galias. Y si, por ley del mar, mi corriente pudiera regresar a sus fuentes, aquí podría anunciar que los godos han sido vencidos⁶³.

La guerra, ya lo he adelantado, le dejó al poeta, como esclava, una hermosa muchacha sueva, rubia y de ojos azules. Él le concedió la libertad antes de que ella sintiese el

yugo de la servidumbre. Y además, con el corazón inflamado de ternura, le escribió una serie de poemitas de los que sólo nos ha llegado una parte: *Bissula* (opúsculo XV); fue para Ausonio *delicium, blanditiae, ludus, amor, uoluptas, / barbara* (Biss. 5, 1-2); el hombre de buen corazón, de sesenta años de edad y más de veinte de viudez, cree soñar al sentir ese rayo de luz entre tanta muerte y miseria y dice a su lector: *sed magis hic sapiet, si dormiet et putet ista / somnia missa sibi* (Biss. 3, 15-16)⁶⁴.

Valentiniano está legítimamente obsesionado por el problema de la debilidad de las fronteras; durante los años de su mandato, la política imperial se dedica de modo muy principal primero a redibujar el perfil de los dominios de Roma, borrado por años de despreocupación, y después a consolidarlo mediante la construcción de fortalezas a lo largo del *limes*. Si no se puede recuperar el antiguo territorio germano-rético perdido desde hace un siglo, al menos sí se debe lograr que el Rin sea infranqueable para las tribus bárbaras. Tréveris, a orillas del Mosela, es centro de operaciones y capital del Imperio; y todo el territorio que le rodea, hasta el *limes*, debe considerarse como la misma entraña de los vastos dominios romanos. Ausonio, como en otro tiempo hiciera Virgilio, se siente llamado a sostener con su voz la empresa imperial y escribe el más largo de sus poemas, el *Mosella* (opúsculo XX), para mostrar que la paz romana no sólo es posible sino un hecho fructífero. De ahí que el país de Tréveris pueda compararse, sin miedo a sufrir una humillación, a Constantinopla y a Roma, a Burdeos y a Bayas, al menos en la imaginación del poeta, pues en realidad la comarca estaba en aquellos años arruinada por las invasiones precedentes.

F. Marx fue el primero en ver que el epilio superaba una pura intencionalidad poética o arqueológica, intentando alcanzar lo que en otros tiempos y con otro emperador logró Virgilio⁶⁵. También F. Paschoud parecía conforme con esa

sugerencia⁶⁶, pero tal vez es Ch. M. Ternes quien se ha preocupado más de profundizar en esta idea. En un estudio reciente⁶⁷ insiste en que «*le caractère didactique, panégyrique et essentiellement politique forme comme l'armature de base du poème mosellan*» (pág. 357; el subrayado es del autor). El lirismo es un medio de expresión y ayuda a transmitir, cuando es original y brillante, el mensaje anterior. El *Mosella* es algo más que una imitación literaria y poética de Virgilio; es una obra del presente para el futuro, futuro nada utópico, apoyado a lo largo del poema numerosas veces con la descripción de la realidad presente, hasta el punto de que, por ello, en numerosas ocasiones se le ha considerado como un simple catálogo de arqueólogo. Tréveris y el país que le rodea, como consecuencia de la división territorial de la Tetrarquía, heredan la voluntad romana, mal llevada a la práctica, de establecer una frontera sólida en el Rin y en ese momento alcanzan su plenitud histórica: Tréveris defiende Roma para defenderse a sí misma, pues la «patria» de Tréveris se defiende al mismo tiempo en todos los rincones del Imperio desde Armenia a España, desde Gran Bretaña a África.

Valentiniano I ha intentado corregir la defectuosa política precedente que desde Adriano se limitaba a intentar impedir el paso del Rin a los bárbaros: los fortines del *limes* no son ejemplo de romanización sino de la imposibilidad de conseguirla, tanto en el plano militar como en el cultural. Hay que retomar la única solución válida, la emprendida por Augusto, modelo de actuación de Valentiniano, que además de la idea de la grandeza tiene la de la utilidad⁶⁸ : asimilar a los bárbaros de la otra orilla del Rin, como se hizo en su día con los que habitaban el Mosela, para que ellos, integrados voluntariamente en el Imperio, impidan nuevas oleadas de pueblos lejanos. Fruto de esa política organizada, que pasa de una defensa totalmente pasiva a una actividad con objetivos bien definidos, es la victoria sobre los alamanes

del 369; a pesar de que no fue muy brillante, tuvo efectos sobre todo de orden psicológico: Roma toma la iniciativa y mejora la situación desde Gran Bretaña al Mar Negro. En este momento, cuando Valentiniano va a intentar por última vez ganar la amistad —y no simplemente la sumisión— de los germanos, Ausonio escribe el *Mosella*. Ternes resume así su significación: «Elle exalte le caractère exemplaire de l'oeuvre romaine en pays trévière et constitue, nous semble-t-il, une oeuvre de propagande où l'auteur, très inspiré par Ovide et par Virgile, essaye, à sa manière, d'évoquer un pays où l'empire romain a accompli le chef-d'oeuvre d'une réussite provinciale hors de pair»⁶⁹. Pero era demasiado tarde; Valentiniano fracasó, pues tampoco su carácter colérico e inconstante era el más adecuado para tarea tan delicada.

Personalmente, no creo que Ausonio haya influido en la orientación de esta política; cuando llega a la corte en torno al 367, las líneas maestras del mandato de Valentiniano ya estaban dibujadas; pero sí ha intentado servirla y lo ha hecho lo mejor que ha podido; tanto que el *Mosella* acaba descubriendo, por forzar la realidad y quererla llevar más allá de su modesta evidencia, la debilidad de este programa; pero es digno de aprecio todo ese intento por emular los mejores tiempos de Roma, cuando Augusto gobernaba y Virgilio aseguraba su grandeza.

No resulta fácil, sin embargo, datar con exactitud la composición del *Mosella*; hay una fecha *ante quam*, absolutamente segura: la muerte de Valentiniano el 17 de noviembre del 375, pues en el texto figura aún como emperador reinante; en el discutido verso 450 se lee: *Augustus pater et nati, mea maxima cura; Augustus pater* es sin duda Valentiniano. Término *post quem* absolutamente seguro debería ser la celebración de los triunfos tras las batallas del Neckar y de Lupodunum (Ladenburg) y tras de

la expedición a las fuentes del Danubio, pues se alude a ellos en los vv. 420-425:

Que no son sus únicos trofeos las ondas: viniendo él de las murallas de la ciudad augusta, contempló los triunfos unidos de hijo y padre, tras haber sido vencidos sus enemigos sobre el Nicro y Lupoduno y junto a la fuente del Histro, desconocida para los anales del Lacio. Poco ha llegó esa corona de laurel celebrando la guerra que ya termina.

Estos triunfos se celebraron en Tréveris o bien en el invierno del 368, al regresar las tropas tras las batallas citadas⁷⁰, o bien al año siguiente al finalizar la campaña, o incluso más tarde. La crítica moderna no ha fijado la fecha de esa celebración, a la que tampoco alude la historiografía antigua.

Pero hay otros datos que deberían permitir precisar aún más la fecha de composición del poema; por ejemplo, la interpretación de ese verso 450 ya citado: *nati* se entiende en las mejores ediciones como nominativo plural y, por tanto, aludiría a Graciano y a Valentiniano el joven, segundo hijo del emperador, nacido en otoño del año 371. Esta alusión bastaría para fijar la fecha de composición tras el 371; pero L. A. A. Jouai opina que ese *nati* debe entenderse como genitivo singular y que, de acuerdo con ello, el *Mosella* habría sido escrito antes del nacimiento de Valentiniano el joven⁷¹. No parece esta hipótesis demasiado fundada, pues *mea maxima cura* es una expresión fija en nuestro poeta como aposición a otro sustantivo⁷². Bastaría leer el modelo virgiliano *puer ire parat, mea maxima cura* (*Eneida* I 678) para comprender que *nati* no puede ser genitivo singular sino pura y simplemente nominativo plural.

Como elementos complementarios para la datación del poema debe señalarse que Ausonio no conoció personalmente a Símaco hasta la primavera del 369, cuando éste se unió a la corte en Tréveris para participar en la expedición contra los alamanes como conde de tercer orden. Cuando regresó a Roma, tras hacer el panegírico de

Valentiniano I y de Graciano el 1 de enero del 370, el *Mosella* no estaba publicado⁷³, y hasta finales de ese año no hace llegar a nuestro poeta la *Naturalis Historia* de Plinio, usada sobre todo en el último tercio del epilio⁷⁴. Desgraciadamente no conocemos la fecha exacta de la carta I, XIV de Símaco a Ausonio, donde aquél se queja de que el autor no le haya hecho llegar el poema (*uolitat tuus Mosella per manus sinusque... sed tantum nostra ora praelabatur*). No obstante, Símaco, que se encuentra en Roma (luego la carta es del 370 o después), ya se ha hecho con un ejemplar del raro librito y en la carta se refiere a la expedición contra los alamanes como cosa que se aleja en el tiempo.

Tampoco han ayudado a la datación del poema los vv. 409 y ss., pues aún se ignora a qué personaje se refiere el poeta en ellos⁷⁵. Conviene, pues, ser prudente y aceptar que sólo se puede dar como fecha segura para la publicación del *Mosella* alguna entre la campaña del 368-369 y la muerte de Valentiniano el 17 de noviembre del 375; sin riesgos, incluso podría ser aceptada una fecha a finales del 371 (ya ha nacido el segundo hijo de Valentiniano, Símaco está en Roma y ha enviado la *Naturalis Historia* a Ausonio) o el 372. En cualquier caso, no se debe excluir que el poeta haya podido redactar el epilio durante un período dilatado de tiempo (uno o dos años), sometiéndolo a retoques que, al final, translucen ciertas incoherencias⁷⁶.

7. Ausonio en el poder

Los servicios prestados por el poeta a la educación del heredero y a la política imperial fueron bien gratificados. Ese profesor de provincias que ya entra en la vejez, emprende una rápida carrera de honores que le llevará a ocupar un lugar de privilegio en la historia política del último tercio del siglo IV. Fue primero *comes*⁷⁷, como consecuencia de su cargo de preceptor, y en virtud de tal